



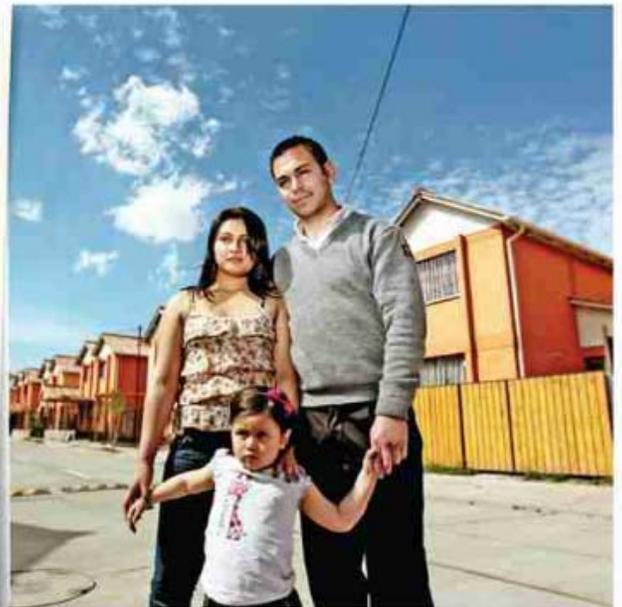
Margarita Sagredo y su hijo Benjamín huyeron a Lampa desde la población San Fernando de Quilicura.



Alejandra Iturra viene de una familia de temporeros y pretende que su hija Valentina vaya a la universidad.



✓ El mecánico **Sergio Rivero y Giselle Vidal** son de la comunidad de Chorrillos, Danae tiene que entrar al colegio.



Triare Lara tuvo a su hija, **Agustina**, a los 17 años, cuando iba en tercero medio. Quiere una educación de calidad para ella.

LA RIEFA DE LA EDUCACIÓN

Cada fin de año, centenares de apoderados de Lampa, una de las comunas más vulnerables de Santiago, entran a una sala y ven cómo un sorteo define, muchas veces para siempre, cuál será el futuro de sus hijos. El método es muy utilizado en Estados Unidos, pero una rareza en Chile, introducido por los colegios de la fundación Astoreca. "Sábado" estuvo en una tómbola y descubrió los sueños y dramas que hay detrás.

POR RODRIGO FLUXÁ FOTOGRAFÍAS JUAN EDUARDO LÓPEZ Y LUCIANO RIQUELME

La madrugada del 20 de agosto de 2008 Margarita Sagredo dormía en su departamento en el tercer piso de un *block* de la villa San Fernando de Quilicura cuando, a las 4 de la mañana, el cielo se abrió. Cayó un hombre, ebrio, con un cuchillo en la mano, gritando que iba a matarlos a todos. Segundos después lo reconocieron: era el vecino del lado que había calculado mal la perforación en el techo. No quería matarlos a ellos, sino que a su pareja e hijas, que se negaban a abrirle la puerta. Lo instaron a salir y minutos después se encaramó nuevamente, aterrizando ahora en su living. Le prendió fuego.

Margarita tuvo que lanzar a una niña de tres años hacia el piso de abajo para salvarla de su padre; tuvo que evitar que las llamas pasaran a su departamento; tuvo que dar su testimonio a Carabineros y a los canales de televisión contándoles cómo el sujeto, finalmente, murió tras caer desde el tercer piso. Mar-

garita, por cierto, estaba embarazada: el día anterior le habían dicho que tenía cinco meses, cosa que le parecía imposible, ya que le habían diagnosticado útero retroflexo. Esa imposibilidad se llamó Benjamín.

Para ese entonces ella, guardia de seguridad de un supermercado, sólo con octavo básico cumplido, llevaba un año viviendo en la villa junto con su marido, un maestro tejero, también sin enseñanza media, y junto con sus otros dos hijos. A comienzos de este año no aguantaron más el barrio y se fueron a Lampa, en busca de tranquilidad.

—Era un infierno. Traficaban en nuestra calle, mis hijos no podían salir porque siempre había balace- ras. Daba vergüenza invitar a familiares, porque escuchaban los tiros o les robaban el auto. Una vez, en un operativo, un carabinero estuvo apuntando a mi hijo por error varios segundos; le iba a disparar, porque lo confundió con otro joven que iba arrancando con una polera

parecida —dice Margarita.

Su hijo mayor, sentado al lado, asiente, riéndose de eso y de una vez que lo estafaron telefónicamente: le dijeron que sus papás habían tenido un accidente y terminó entregándoles a los delincuentes todas las cosas de valor de la casa, incluido su *playstation*. Tiene 17 años, pero va recién en primero medio: dice que le costaba concentrarse en ese ambiente. Benjamín, que aún no cumple 4, se mueve por el living pateando un globo y moviendo los brazos como si estuviera volando.

—Benja, ¿qué equipo te gusta?

—Me gusta el Spiderman —responde.

Margarita explica que a Benjamín le encantan los superhéroes y los robots. Es la una de la tarde del martes 23 de octubre.

—Vendiendo ropa usada en la plaza comencé a preguntar y todas las mamás me dijeron que el mejor colegio de Lampa era el San José, que era el único bueno, pero que era di-

ficil entrar. No habíamos pensado mucho en eso cuando nos vinimos. Yo ya sé que es complicado que mis otros hijos tengan una buena educación; por cómo están las cosas lo más probable es que terminen cuarto y se pongan a trabajar en cualquier cosa, lo que venga. Quiero al menos darle la posibilidad al Benja que pueda surgir y no tener que pasar por todo lo que hemos pasado nosotros; que después de todo esto malo, nos pase algo bueno.

Ahora son las 13:30. O para ellos, 17 horas antes de la tómbola.

Dos horas después, a siete cuádras de ahí, Triare Lara acaba de llegar a su casa en la calle Valle de la Luna. Estuvo toda la mañana en Santiago. En las noches tiene que trabajar en un bar. Está esperando que vengan a dejar a su hija Agustina, de tres años y medio, desde la escuela de lenguaje a la que acude, preparándose para entrar a kinder. La tuvo a los 17 años,

El momento de la rifa
La directora del San José va sacando los papeles con los nombres.



El momento de la suerte
Una mamá celebra cuando su hijo es nombrado en el sorteo.



El San José de Lampa
"En seis años tenemos los mejores resultados de la comuna", dice su directora.

cuando cursaba tercero medio en el colegio Jerusalén, un particular subvencionado de Lampa.

—Jamás la metería ahí, ni a ninguno de la comuna. Yo fui una muy buena estudiante, siempre con notas sobre 6,5 y en sexto básico me llevaron a dar la prueba al Carmela Carvajal y di la hora: no sabía nada de lo que me preguntaban. Seguí acá en Lampa, salí con 6,9 de cuarto medio y en la PSU de nuevo me fue muy mal, como 500 puntos.

Suena el timbre. La pareja de Triare aparece en la puerta con Agustina, que viene despeinada y acalorada. Él no es su papá, pero ha asumido su crianza.

—El San José es nuestra única opción —cuenta—. Tenemos familiares con hijos en los colegios de acá; sabemos lo que pasa. No hay profesores de inglés, los niños pueden salir a cualquier hora, se arreglan las asistencias para no perder subvenciones. O la última: los profesores toman pruebas y cuando suena la campana las recogen y al otro día, se las pasan de nuevo a los alumnos para que las terminen, con las respuestas traídas de las casas. Hay profesoras que suben las pruebas a Facebook para que los alumnos las puedan ver antes y les vaya mejor.

Él trabaja como empleado de cajas del Unimarc, pero espera poder estudiar administración de empresas en algún momento, para surgir. Triare estudia arsenalería en un instituto de Santiago, con crédito, pero pretende entrar a enfermería, para

mejorar sus perspectivas de sueldo. Si Agustina no queda en el San José, ambos tendrán que postergarse, endeudarse y pagar un colegio privado. Mientras cuentan eso, Agustina está en el segundo piso; le lavan la cara y la peinan. Son las cuatro de la tarde. 16 horas y media para la tómbola. Triare está ansiosa.

—Es un poco terrible dejar algo tan importante como el futuro de un hijo al azar.

Alejandra Iturra es dueña de casa desde que tenía 14 años: su papá dejó a su mamá, temporera, y ella quedó a cargo de 13 hijos, así que tuvo que ayudarla. No terminó octavo básico. Vivió siempre en la población Sol de Septiembre, a la salida de Lampa, ligada al trabajo de la tierra. Ahí conoció a su esposo, otro temporero de toda la vida, que hace dos años dio el gran salto: comenzó a arrendar un pequeño terreno para producir sus propias lechugas y espinacas, que vende en la feria de Lo Valledor; se levanta a las doce de la noche y llega de vuelta a la casa a las 11 de la mañana, de lunes a lunes. Tienen tres hijos: el mayor, que cumplió 21, limpia máquinas en una botillería y ya tiene una hija de un año. La del medio, 13 años, va, al igual que varias de sus primas, al colegio Jerusalén y no tiene muy buenas notas.

Valentina, la tercera, de cuatro años, abre la reja de su casa, que está adornada con un cartel escrito a mano que dice: *se venden cubos de*

agua de frutilla y jaleas. Atraviesa el patio para saludar a su mamá.

—¿Qué aprendiste en el jardín?

—...

—¿Jugaste?

—...

A Alejandra Iturra casi se le pasa la postulación al San José. Cuando la mayoría cumple el trámite con meses de anticipación, ella recién lo hizo hace unos días. Y cuando fue se olvidó de llevar el único documento que le exigían, el parte de nacimiento. La dejaron igual.

—Me habría encantado terminar el colegio, tener alguna profesión, ser alguien, pero no me tocó. Por eso me importa lo de la rifa; quiero que mi chiconca sea más que yo.

Es una casa sencilla, de madera. El terreno es parte de una herencia, que debe dividirse entre siete. Dos perros intentan aparearse en el patio. Valentina está en una silla de playa. Faltan quince horas para la tómbola.

—¿Qué aprendiste hoy en el jardín? ¿Jugaste?

—...

—¿Cómo te fue? ¿Tienes tarea?

—...

Tiene una: disertar de los caracoles.

En 1990 la fundación Astoreca levantó su primer colegio en Renca con la idea de entregar educación gratuita y de calidad en una comuna vulnerable de Santiago. Hoy, 22 años después, el colegio San Joaquín tiene los mejores resultados Sínce

del sector; está en el cinco por ciento de élite a nivel nacional, los alumnos promedian 607 puntos en la PSU y tienen un 43 por ciento de ingreso a universidades del CRUCH.

En 2005 la fundación, de orientación católica, financiada con las subvenciones por alumno del Estado, padrinos particulares y aporte de empresas, quiso replicar el modelo en Lampa, comuna con varios de los índices más bajos de la Región Metropolitana: 18,6 por ciento de pobreza, 9,2 años de escolaridad promedio de los habitantes y con apenas un 5 por ciento de la población con estudios universitarios.

“En seis años ya tenemos los mejores resultados de la comuna y todo indica que en menos tiempo llegaremos a los niveles de Renca. Todo esto sin seleccionar niños según sus capacidades. La necesidad es tanta en Lampa que pronto comenzará la construcción de un nuevo colegio”, dice Ximena Torres, la directora académica de Astoreca.

Ya al segundo año, el flujo de postulantes al San José superó ampliamente los cupos, tanto por infraestructura, resultados y disciplina, como por el costo: no hay mensualidad ni matrícula, sólo un pago optativo de 30 mil pesos para útiles. María Teresa del Río, la directora, con un magister en educación en Estados Unidos, tuvo que enfrentar el problema. “Hubo una discusión en el directorio, sobre la manera para seleccionar. Pensamos, como se hace en los colegios en Chile, en hacerlo por orden de llegada, pero era seguir repitiendo patrones de discriminación: los papás más preocupados o que pueden darse el lujo de faltar a su trabajo iban a llegar primero, ¿y qué culpa tiene el niño de todo eso? Sobre todo en esta comuna, donde hay mucha pobreza, mucha droga: sabemos de apoderados que consumen o incluso venden. Así que optamos por la tómbola”.

El sorteo de ingreso a los colegios

es usual en países como Estados Unidos, donde ha inspirado incluso películas como “Waiting for Superman”, de 2010. En el Mineduc no tienen registro que ocurra en alguno aparte de los Astoreca. En el San José hay actualmente diez veces más postulantes que cupos y el ingreso es casi exclusivamente en kínder: la deserción es muy baja. Este año, por ejemplo, para primero medio hay cien niños y ninguna vacante.

La adaptación al sistema de la tómbola no fue fácil. “Intentaban saltárselo”, dice la directora. “Se hacían colas en mi oficina, gente que traía una recomendación, otras con historias muy duras de vida, pero tuvimos que hacer más rígido el proceso, porque la gracia de esto es que todos tienen la misma oportunidad, sean quienes sean. Me llegaron hasta ofrecer coimas por una matrícula. Es muy duro para las mamás, muchas veces es la única oportunidad que ven para educar bien a sus hijos. Los días de las tómbolas son muy complicados para mí también. Miro las caras de los que no quedaron y me pregunto: ¿y a dónde se van a ir ahora”.

Triare Lara trató de seguir su rutina en la víspera. Lo único inusual fue llevar a su hija al bar donde trabaja a buscar un papel. Después las dos fueron a la plaza, como cada tarde. La acostó temprano. Se levantaron a las siete. Esperaron que llegara el furgón que la lleva a la escuela de lenguaje.

Triare ahora va caminando al San José. Al llegar, minutos después de las 8 y media, los asientos del auditorio están ya repletos por un centenar de apoderados. Tiene que quedarse parada en el fondo, justo por el pasillo del medio que da directo a las dos grandes cajas de plástico transparente, una llena de papeles azules y la otra de papeles rosados. Uno de esos papeles es su hija.

La directora se presenta y toma un micrófono:

—Buenos días a todos. Vamos a empezar con nuestra ceremonia de este año. Quiero agradecerle al padre Ignacio que actuará como nuestro ministro de fe.

Los apoderados, en su mayoría mamás solas, varias con los hijos ahí, están en silencio.

—Lamentablemente tengo que decirles que son muy pocos los cupos; hay 84 vacantes, de las cuales 45 son para hermanos de niños que ya están en el colegio, otras 20 son para el jardín San Vicente, así que

“

Es un poco terrible dejar algo tan importante como el futuro de un hijo al azar

”

quedan 20 para ustedes, diez para niñas y diez para niños.

El jardín está ubicado en el sector más pobre de Lampa: es la única forma de asegurarse que la franja más vulnerable llegue al colegio. Los padres se quejan y murmuran:

—Buuuu.

Una mamá le dice a su acompañante, en voz baja:

—Cloteamos.

La directora sigue:

—Empezamos con las niñas.

Toma un papel rosado.

—Isidora Lazcano.

Una mamá salta de su asiento, con los brazos en alto y grita, con los ojos vidriosos, como celebrando un gol.

—Diego Saldaña; Isidora Durán; Felipe Ortiz; Danae Rivero.

Más celebraciones se suceden.

Las últimas de Sergio Rivero y Giselle Vidal, un mecánico y una dueña de casa, padres de Danae y una de las pocas parejas presentes. Ambos salieron temprano de su casa en Chorrillos, a diez kilómetros del centro de Lampa, sin avisarle a su hija a dónde y qué iban a hacer. Pese a su edad, no querían crearle expectativas.

La directora sigue. Habla rápido, intentando restarle dramatismo a la escena. Un *power point* se va rellenando con los elegidos.

—Agustina...

Triare abre los ojos, levanta la cara.

—Agustina Videla.

Es otra Agustina; no su hija. No saldrá tampoco en las restantes.

—Me ilusioné. Es bien triste, una sensación extraña, de competencia por algo que no se debería competir. Muchas mamás se juegan todo, a otras se les caían lágrimas— dice Triare, que dejará a su hija otro año en la escuela de lenguaje, antes de pensar qué hacer en el futuro. Está convencida de que Agustina tiene que entrar a un liceo tradicional, al Carmela Carvajal, pero no quiere que rebote en la prueba de ingreso, como le pasó a ella misma. Está mentalizada para eso, pero no sabe bien cómo lograrlo.

La directora lee el último niño elegido. Explica que sortearán cinco más para una lista de espera que, la verdad, nunca corre.

Margarita Sagredo sigue sentada en la primera fila, con rostro inexpresivo. La noche anterior le dijo a Benjamín:

—Vamos a ir a buscarte un colegio nuevo, uno bueno.

No lo quiso despertar en la mañana y también salió a pie. Llegó temprano. Benjamín no fue uno de los papeles celestes.

—Da rabia, no sabía que eran tan pocos. Sé que es pura suerte, pero igual quería un comienzo desde cero para él, que creciera en igualdad de condiciones con el resto.

Margarita volverá a pie a su casa. Benjamín estará despierto y le preguntará que cómo está.

—No quedamos, hay que buscarte otro colegio, ¿ya Benjita?

—Pucha -, responderá su hijo.

Y seguirá el día pensando en superhéroes y robots.

A las 9:05 ya no queda nadie en el auditorio. La mayoría de los padres abandona el colegio; otros insisten en la recepción de la oficina de dirección. Una abuela, apoderada de una niña no seleccionada, le pide a una funcionaria que le recomienden alguna alternativa, porque dos de sus nietas empezaron su educación en otros liceos de la comuna y después no pasaron las prueba de admisión en Santiago y no quiere que pase lo mismo de nuevo.

Hace una hora Alejandra Iturra fue a dejar a Valentina al jardín *Solcito* en Sol de Septiembre. Viene recién atravesando la multicancha,

en sentido contrario al resto de los papás; se perdió la reunión. Entra a la dirección y da el nombre de su hija. Tampoco está en la lista. Para ella es una tragedia, para su esposo no: no quería que su hija estudiara en el centro de Lampa. En la tarde irá a buscar a Valentina, le dirá que no quedó en el colegio, que tendrá que ir a otro más cerca, que ahí podrá jugar con sus primas, y le hará la pregunta de todos los días:

—¿Cómo te fue en el jardín?

Valentina hablará de los caracoles.

Son las 10, es recreo y el patio se llena de niños, papeles de tómbolas pasadas, corriendo. Sergio Rivero y su esposa, la pareja que había sido seleccionada, llenan páginas de inscripción, pero lo hacen felices.

—Claro que nos da pena por el resto; conocíamos a varios de los papás, pero eran las reglas del juego, todos las sabemos en Lampa.

“

La directora lee el primer nombre y una mamá salta de su asiento, con los brazos en alto y grita, con los ojos vidriosos, como celebrando un gol.

”

Es cruel, pero justo, porque no hay arreglines, ni pitutos; todos somos iguales en esas cajas. Y nosotros nunca nos habíamos ganado nada, ni el huevo en la rifa.

Ambos discuten sus nuevos problemas, problemas menores, cómo quien traerá a Danae cada día en la mañana. Se suben a una camioneta, de vuelta a casa. Cuando entran al sitio, entre animales y establos, su hija sale a recibirlos. Le dan un abrazo. Danae, entre sorprendida y molesta porque no sabía dónde estaban, se había negado a tomar desayuno hasta que volvieran, siempre al cuidado de su abuela. Sergio la saluda también a ella y le dice:

—¡Quedamos!

La abuela se emociona. La familia trabaja vendiendo leche fresca. Ella le pregunta de vuelta:

—¿Y la Panchita?

La Panchita es la vecina del sitio de al lado; la amiga de Danae. Tiene su misma edad, sus familias se conocen, le gustan los mismos juegos.

— No, ella no. S